

En el exilio

Consuelo Ordóñez

Hermana de Gregorio Ordóñez, asesinado en 1995

Valencia, mi exilio

Se me ocurre una palabra con la que resumo todos los sentimientos que tengo desde que vivo en Valencia, pero no es políticamente correcto ponerla por escrito y justo al inicio, en un artículo de una revista seria, pero os la imagináis, es sinónimo de “genial”.

Lo que no ha sido divertido ha sido el proceso que me llevó a tomar por fin “la decisión”. Y digo por fin, porque fueron unos cuantos años los que estuve, por decirlo de alguna manera, “engañada” y un poco contagiada por esa enfermedad colectiva que se vive en el País Vasco. Aunque no dudo que fue un mecanismo de autodefensa, para sobrevivir en aquella jungla.

A mí me parecía complicadísimo lo que luego resulto ser facilísimo, que no es otra cosa que irme de aquel pueblo. La enfermedad consistía en que creía que no había vida fuera del País Vasco, tonta que era, aunque quizá fuera mejor así porque de lo contrario me hubiera ido a los quince días del asesinato de mi hermano; y sí, me parece que ha sido muy importante lo que he vivido allí durante esos nueve años que siguieron al fatal desenlace.

Viví mucho y muy intensamente. Todo empezó por una decisión de esas que se toman porque te lo pide el cuerpo, que no era otra que la de salir a la calle y juntarme con aquellos que ya estaban allí, y decir con ellos lo que más me satisfacía por aquel entonces, y que no era otra cosa que exteriorizar el rechazo al terrorismo, hacerlo público junto a esos ciudadanos anónimos que se reunían en esas plazas de mi ciudad: “no en mi nombre”, “eta ez”, “Basta Ya!”, “eta kampa”, “los que sobráis sois vosotros”, “libertad”,...

Cuando me reunía con ellos era el único momento que no me sentía sola, aunque el motivo no fuera precisamente nada agradable, ya que cada



reunión de esas significaba un atentado de ETA o un secuestrado por ETA. Fueron años tremendamente duros, cada semana teníamos que concentrarnos, con lo que eso significaba, y además, se añadía que nos agredían física y verbalmente; estábamos totalmente desprotegidos y en manos de esos salvajes; era una situación tercermundista, denigrante, humillante.

En una de estas concentraciones fui agredida físicamente, junto con bastantes más de los allí concentrados; aunque con los años, esta no fue más que la primera vez, porque detrás vinieron otras. Entonces no existía ningún colectivo de víctimas, y los periodistas, al enterarse de que le habían abierto la cabeza a la hermana de Goyo, me llamaron. Accedí a hacer declaraciones y salió de todo, menos bonito, por aquella boquita mía. Esto supuso una novedad y es por lo que, los primeros años, los periodistas se acostumbraron a venir a mi casa, cada vez que había un atentado; sabían que les haría declaraciones.

Esto también supuso que, acto seguido, me reconocería todo el mundo para bien y para mal, claro; y esto fue poco a poco un gran hándicap, que tuve que superar con esos mecanismos que os he citado al principio de este artículo. Llegué a pensar que sólo así y allí podría recordar, de alguna forma, a mi hermano, al resto de los vascos.

Me ayudó mucho que, al cabo de unos años, se formara *Basta Ya!*, formación que supuso que conociera a gente muy valiosa, en esto de la lucha contra ETA. Por supuesto, empecé a no sentirme sola, ya que, en lo personal, para qué engañarme, estaba sola, muy sola. Había perdido a mi único

